

# DE PIE SOBRE LAS RUINAS

**JUAN PABLO VITALI**

COLECCIÓN APOLO



Título: De pie sobre las ruinas  
Autor: Juan Pablo Vitali  
Correcciones y maquetación: Manuel Quesada  
Diseño: Fernando Lutz

© Juan Pablo Vitali  
© Manuel Quesada Campos  
© Editorial Eas

1ª Edición, Octubre 2013 (Alicante)  
2ª Edición Febrero 2015 (Alicante)

www.editorialeas.com  
info@editorialeas.com

Aptd. de Correos 621  
Torrevieja 03180  
(Alicante)

I.S.B.N.: 978-84-941924-2-5  
Depósito Legal: A 149-2015

Impreso en España por los talleres gráficos Versus

Portada: *Ángel exterminador*  
Arquitecto Francisco Salamone. Cementerio Azul, provincia de Buenos Aires

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor y del escritor.

Cuando el hombre no se encuentra a sí mismo,  
no encuentra nada.

**Johann Wolfgang von Goethe**

DE PIE  
SOBRE LAS RUINAS

**JUAN PABLO VITALI**

## PRÓLOGO

“Lo que permanece lo fundan los poetas”  
Friedrich Hölderlin

“La poesía es el fundamento del mundo”  
Martin Heidegger

**E**stamos en la edad oscura. El poeta y su obra permanecen anónimos. Él lo sabe y lo acepta.

La poesía parece ser un error en un mundo miserable. Pero un día la inercia de ese mundo se detiene un instante y surgen los símbolos, que se dejan ver nuevamente como la gigantesca estructura de un viejo naufragio. Cuando baja la pestilente marea del sentido del mundo, descubrimos palabras cinceladas en sitios impensados, aguardándonos. Malas mareas dominan los tiempos que vivimos y cubren los vestigios de los símbolos. Aún así los símbolos existen, como los dioses dados por muertos hace tiempo. Todo pertenece al olvido menos aquello que sabe esperar.

No es tanto la persona del poeta lo que importa, sino el cumplimiento de su destino. Renovar y transmutar el símbolo en el tiempo y el espacio, lo que significa de algún modo la temporaria abolición de ambos. Sangre y espíritu arden y sellan la continuidad de una tradición secreta.

Los poetas no están para interpretar poderes circunstanciales ni superficiales ideologías. Ellos expresan lo sagrado de los mundos auténticos e irrumpen como un rayo para alumbrar fugazmente la edad oscura. El poeta no es un dios, pero suele hablar por los dioses.

La imagen pura vive espejada en la sangre del poeta desde su nacimiento y espera el día propicio para manifestarse. Nadie sabe cuál será ese día y el elegido vive temeroso de no poder cumplir su destino. Una exigencia ultraterrena agota sus días. Va hacia la muerte en medio de la muerte. Sueña la eternidad del otro lado de las cosas.

El hombre moderno se ha colocado a sí mismo fuera de toda comprensión poética. Esa es acaso, la mejor definición de la edad oscura.

Dicen muchos estar en contra del sistema, pero el límite de su rebeldía es la comprensión poética, porque todos purgan finalmente a los poetas de sus revoluciones.

Cuando el nombre del poeta es tomado en vano se convierte en una burla miserable de lo sagrado, de lo verdadero. Manifiesta el impostor sus pulsiones y afirma en voz alta que ellas son poesía. Entonces el poeta-guerrero debe prepararse para la batalla. Porque cortar las lenguas de los falsos poetas es parte del trabajo.

Lo poético no reside en el verso ni en la rima, sino en la tensión espiritual y épica del texto, en la sucesión simbólica que crece y se eleva hasta el objetivo, como la flecha de un arquero zen.

Al principio la poesía era oral y se mezclaba naturalmente con la vida. Era la voz por las noches junto al fuego, la belleza, el destino trágico y lo sagrado. Lo elevado estaba todavía en el espíritu del hombre y necesitaba expresarse mediante la poesía. Pero los tiempos cambian. Hoy lo poético es casi un secreto porque la masa amorfa no lo aprecia y la comunidad orgánica a la que pertenecía el poeta ya no existe.

La identidad poética queda entonces para los dioses y para unos pocos elegidos. Para ellos habla el poeta. Busca en los objetos, en la memoria, en la última luz del día, en la nostalgia, sabe que habrá un instante preciso y breve en el que se abrirán ciertas puertas secretas sólo por él conocidas para plasmar en símbolos su visión.

La poesía es un peligroso juego con los dioses según sus propias reglas. En este juego olímpico, participan las almas pasadas y

futuras de una orden secreta. En el laberinto de la poesía el poeta es Teseo y al mismo tiempo el Minotauro.

Los símbolos poéticos convocan a la percepción del hombre lo que está más allá de la percepción material. La poesía es la voluntad de plasmar un lenguaje simbólico no como la excepción, sino como la regla de un Orden Nuevo. La palabra poética busca a los dioses en y por la belleza. Si en algún momento podemos intuirlos por medio de la lectura del poema, es porque los símbolos son los apropiados y la invocación está bien hecha.

El peso de una cultura es la dimensión de la herida que puede abrir en ella su poesía. Por eso la poesía no es en rigor lo que hoy llaman literatura. Es imposible que ella se circunscriba a lo meramente literario. El poeta no acepta ni comprende el divorcio entre la palabra y la acción.

El símbolo atraviesa el cielo de la vida como un trueno trayendo lo sagrado y el mito, la guerra y la música, todo lo trascendente que puede necesitar el hombre superior a su presencia.

La poesía es un mundo de dioses que tiene por naturaleza la eternidad de los ciclos, el eterno retorno. Poeta y guerrero abren puertas a riesgo de sus vidas para que otros pasen por ellas hacia la eternidad. Tal es su trágico destino.

Cuando la sabiduría no estaba dividida en ridículas parcelas, el conocimiento no estaba vulgarizado. Entonces el símbolo tenía sentido. No es extraño encontrar en los más altos niveles de la física y de la astronomía un lenguaje simbólico emparentado al lenguaje poético.

La intuición del poeta por fuerza lo evade de un tiempo meramente humano. Como médium de su raza pone su sensibilidad al servicio de los suyos.

La materialización extrema del mundo nos somete entre otras cosas a la falta de poesía, pero ésta irrumpe cada tanto por las grietas de la época, trayendo consigo toda la magia que el mundo niega. Eso a veces produce pánico. El mismo pánico que siente el mundo actual ante el culto a los muertos. Esa magia pronuncia nombres verdaderos y genera en algunos una revulsión atávica. Los nombres verdaderos y secretos de nuestros mundos pasados,

de nuestras ciudades, de nuestros dioses y semidioses, son un secreto dado a conocer al poeta y al guerrero, las dos caras de la misma moneda de hierro del destino.

Dicen que quien conoce el nombre verdadero de las cosas las posee. Los pueblos que olvidan esos nombres desaparecen por completo.

El símbolo poético no necesita templos para expresar lo sagrado. Le basta permanecer tatuado en la sangre y viajar en ella como si viajara entre las estrellas o en la profunda noche de los bosques: a resguardo de la furia de la horda, que no puede alcanzarlo ni destruirlo por completo mientras no se haya transmitido a una nueva generación de poetas su secreto.



# ÍNDICE

Prólogo	9
Los mejores son los primeros en caer	13
Nacimiento de América	14
Donde todo comenzó	15
Fragmentos de una historia	16
Los dioses y las puertas	17
Las cartas	18
Buenos Aires	20
Los muertos	21
Los ancianos	23
Los pueblos sin dioses	24
Proverbios	25
Los confesionales	26
Pueblo y masa	26
Primera fundación de Buenos Aires	27
El portal	28
El Ángel	30
El último lobo de Europa	32
La espera	34
U-Boote	34
Hechos de la decadencia	35
Agonía de los dioses	36
La fuente en el parque	37
Trenes del Sur	39
A un combatiente de la vieja Europa	41
La antigua ciudad	42

El olor de los altillos	43
Hermano Bóer	47
La sangre y el mito	50
Creación de los dioses	53
Arquetipos	54
Invocación	55
Certeza de soles	57
Viento del Sur	58
De pie sobre las ruinas	59
El Sur	61
Ciudad de los Césares	62
A Clark Ashton Smith	64
Hernán Cortés	66
Para quién escribimos	69
Enumeración	70
Ultramar	72
Juliano, llamado “El apóstata”	73
A Jorge Teillier	74
La casa junto al río	76
Reflexión	78
La poesía y la guerra	78
La muerte de los pájaros	79
La sangre	79
Los Aqueos	80
La patria de los vencidos	82
El sol de Juliano	83
Mundos olvidados	85
Las puertas de la noche	86
Purgas revolucionarias	87
Los barcos	88
La última frontera	90

Nuestro sol	91
La guerra de Malvinas	92
Enumeración de lo perdido	93
Los trabajadores	94
Caminata	95
Recuerdo	98
Tangos disidentes	99
La sombra de un linaje	101
A Horacio Aragón	102
Sin navíos	103
Bitácora	104
Vasiliev	105
A Lucio Florio	106
Elementos de una guerra	107
La diáspora de los héroes	108
Solsticio	110
Ezra Pound	111
Un hombre	112
Águilas muertas	113
Fantasmas	114
Imperio pagano	115
Luna de lobos	119
La otra Europa	120
Proverbios	122
Hermandad de los tigres	124
En la frontera del sol	126
Sombras del exilio	127
Luz de Buenos Aires	129
La caballería	131
Las gárgolas	134
Nuestro mito	135

El agua	136
Aldeas de piedra	140
A una espada española	142
Otro Sur	144
¿Dónde está nuestra gente?	145
Cementerio danés	147
La tumba olvidada	148
A Enrique Olivero	149